

LAS PRIMERAS NOVELAS DE NAÏB MAḤFŪZ SEGÚN LAS CRÍTICAS DE LA ÉPOCA. I

Por
MARCELINO VILLEGAS

En un principio pensé tratar en un solo artículo breve el tema, resumiendo el contenido de las críticas que recibieron las novelas de Naïb Maḥfūz, desde *'Abat al-aqdār* hasta *Bidāya wa nihāya*, en el momento de su aparición. Y luego valorarlas con frases lapidarias según que hablaran a favor o en contra de ellas y según las analizaran ciñéndose al texto o al margen del mismo.

Después al releer con más atención las distintas críticas empecé a comprender que el instrumentalizarlas tanto las falseaba porque, como pasa siempre aunque no quieran, los críticos hablaban en ellas más de sí mismos que de las obras que les servían de pretexto u ocasión para hacerlo. Ya que, por suerte o por desgracia, toda crítica es una nueva creación. «Así es el mundo y la vida, decía Unamuno. Comentarios de comentarios y otra vez más comentarios».

El caso es, pues, que al principio desdeñé las obras que ahora resumo y a veces cito literalmente con alguna demora. Las desdeñé porque me parecían demasiado fieles a los temas y las preocupaciones de su momento. Ahora me parece, sin embargo, que si hay manera de decir algo definivo sobre una obra de creación es diciendo algo contingente, y que es buen castigo (en la acepción antigua, aviso) leer trabajos antiguos sobre autores y obras luego consagrados, pues ayuda a comprender que entonces no hablaban de lo mismo de que hablamos ahora; que nuestro lenguaje crítico, cuando no es universal, depende del suyo; que la personalidad presente de esas obras y esos escritores les debe a ellos una parte.

Por todo ello decidí ser más atento con mi material. Lo mejor habría sido tal vez reproducirlo íntegro, pero esto necesitaba demasiado papel. Leerlo detenidamente y citar lo que me parece más significativo por la noción o por el léxico, requiere más espacio del que brinda esta sección y por ello he dividido mi trabajo en dos capítulos. Este primero incluye críticas sobre *'Abat al-aqdār*, *Rādūbīs*, *Kifāh Tiba* y *Jān al-*

Jalīlī; el segundo, que dejo para el próximo número de la REVISTA, tratará de *al-Qāhira al-yadīda*, *Zuqāq al-Midaqq*, *as-Sarāb* y *Bidaya wa nihaya*.

«al-Hilāl» (marzo de 1940, p. 604) publicó una crítica o, más bien, una breve nota de lectura sin firma sobre *‘Abat al-aqdār*. La fecha corrobora la que se atribuye a la novela en la lista que figura al final de las obras de Naʿīb Maḥfūz en las ediciones de Maktabat Miṣr. Si el comentario estaba impreso el 1 de marzo de 1940 la novela debía estar en la calle desde noviembre o diciembre de 1939, a más tardar.

Los datos de publicación que encabezan la nota no indican editora sino, simplemente, Maṭbaʿat al-maʿyalla al-yadīda. El libro constaba de 160 páginas; en las ediciones actuales tiene 206. Seguramente era mayor el tamaño de la hoja; «al-Hilāl» no proporciona ese dato.

La nota consta de dos párrafos de aproximadamente la misma longitud. El primero reproduce el comienzo de la novela:

«Keops, majestad divina y máxima autoridad religiosa, se sentó en un diván del balcón de su aposento, sobre el inacabable y bellissimo jardín de su palacio —vergel de la inmortal Manfis, la de las blancas murallas—, entre sus hijos, sus íntimos y sus allegados. La orla de oro de su túnica de seda brillaba bajo los rayos del sol, que había iniciado ya la última parte de su periplo hacia el ocaso. Su actitud era serena y apacible. Tenía la espalda abandonada sobre un almohadón de pluma de avestruz y el codo apoyado en un cojín con forro de seda y geométricos adornos de oro. La despejada frente y la mirada altiva eran muestra irrefutable de su grandeza; su arrasadora fuerza era visible en la anchura del pecho, los vigorosos brazos y la nariz soberbia. El noble porte de la cuarentena y un halo de esplendor faraónico le nimbaban».

El segundo párrafo deplora la escasez de novelas egipcias como la presente, porque:

«en el actual momento de renovación nos urge revivir nuestro pasado y saber cómo vivían nuestros antecesores. Si imprescindible es traducir obras maestras extranjeras que den pábulo a nuestro actual renacer literario y científico, más lo es aún revivir el patrimonio que nos dejó el pasado, pues nuestra personalidad se compone tanto de él como del presente en que vivimos. Nuestro patrimonio es síntesis de la época faraónica y de la época árabe y quizá Egipto sea la única nación que pueda gloriarse de tener por antecedentes dos de las máximas civilizaciones de la humanidad».

Por ello empresas como *‘Abat al-aqdār* merecen atención y aliento.

Las líneas finales alaban de nuevo que el escritor haya optado por la novela histórica y ponderan su estilo «dúctil y elegante» (*as-salis ar-rašīq*) (1).

Las razones del entusiasmo de Sayyid Quṭb por *Kifaḥ Ṭība* son aproximadamente las mismas (2). Dedicó dos páginas a exponerlas y a exaltar el proyecto de

(1) En el número de octubre de 1948 de «al-Kātib» apareció una nota sin firma comentando a *Radūbis* con motivo de su segunda edición (*Laʿnat an-našr li-l-ḡāmiʿiyim*, 1947, 229 pp.; las ediciones actuales tienen 250) y a *Zuqāq al-Midaqq* con motivo de la primera. Las líneas dedicadas a *Radūbis* (p. 442) son informativas (dicen que es una novela histórica y resumen el personaje, más que la trama) e insignificantes.

(2) «ar-Risāla», n.º 586 (18-9-1944). Reproducida por Faḍīl al-Aswad en *ar-Raʿūl wa-l-qimma* (al-Hayʾa al-miṣriyya

revivir el pasado faraónico en obras de ficción escritas en árabe. Luego, y a pesar de haber afirmado previamente que «la obra de arte no se puede resumir», dedica tres a extractar el argumento. Sayyid Quṭb exalta asimismo el carácter de afirmación nacional que tiene *Kifāḥ Ṭība*. «Esto, dice, importa más que haber logrado una novela irreprochable». Y a propósito cita tres errores históricos que contiene: hacer que los hiksos no conozcan los carros de guerra cuando, por el contrario, sus rápidas conquistas se debieron a esa máquina; derivar el nombre del faraón Uḥmus (Ahmes según los diccionarios españoles que he podido consultar) de *kamāsa*, siendo como es un nombre preárabe; llamar Nubia a la actual Nubia, cuando su nombre antiguo era «país de Punt o del oro».

Por suerte, la crítica de Sayyid Quṭb se inicia y concluye con sendos párrafos donde da rienda suelta al sincero entusiasmo que la obra le produce y que es de verdad contagioso:

«Trataré de comedir mi fervor por esta novela, dice en el primero, pero la satisfacción incontenible y la exaltación desbordante pueden más que yo, esa es la verdad, y se la confío al lector desde el principio, por si ponerla de manifiesto coadyuva a moderar el fervor y a reinstaurar la serenidad y la ponderación que deben caracterizar al crítico».

«Si estuviera en mi mano, agrega en el último, pondría al alcance de la juventud esta novela, la reimprimiría y la distribuiría gratuitamente por todos los hogares. Y organizaría en agradecimiento al autor —a quien no tengo el gusto de conocer— uno de esos homenajes que tanto se prodigan en Egipto, lo merezca el homenajeado o no».

A lo largo del último trimestre del año siguiente aparecieron en «ar-Risāla» tres críticos entusiastas sobre *Jan al-Jalīlī* (3). La fecha de aparición de estas tres críticas desmiente la que da ahora a esta novela la lista de obras de Naïb Maḥfūz (1946). Por razones difíciles de determinar (¿momento de redacción?, ¿contenido?, ¿diversa satisfacción con el resultado?) las fechas de publicación de *Jān al-Jalīlī* y de *al-Qāhira al-ŷadīda* aparecen hoy trocadas (4).

Las tres críticas son incondicionales de *Jān al-Jalīlī*. La primera se debe a Waḍīʿ Filasṭīn y empieza destacando las siguientes virtudes en el autor: «imaginación fértil, percepción (ʿayn) aguda, dominio de la expresión (qalam ṭayyī) y productividad (madād wafīr)». Luego emparenta la novela con *Ibrāhīm al-kātib*, de al-Māzīnī, no veo por qué y él tampoco lo explica; probablemente se trata de una maniobra engrandecedora. A continuación destaca la sinceridad, la perfección del tratamiento de los personajes y la comprensión con que el autor los examina. Todo ello arroja «un cuadro palpitante de vida».

Sigue el resumen de la trama (casi la mitad de la extensión total de la crítica). Al acabarlo, el crítico establece que lo más brillante de la novela son la descripción de las noches de ramadán y la de los ataques aéreos. Al mencionar el segundo pun-

al-ʿamma li-l-kitāb, El Cairo, 1979, pp. 49-55). La fecha de publicación de la crítica confirma la que se atribuye actualmente a esta novela en la lista de obras de Naïb Maḥfūz.

(3) N.º 641 (15-10-1945), p. 1.133; n.º 648 (3-12-1945), p. 1.333; n.º 650 (17-12-1945), p. 1.364-1.366.

(4) S. SOMEKH se refirió ya a este extremo en el Apéndice I de *The Changing Rhythm* (E.J. BRILL, Leiden, 1973, pp. 198-199).

to hace una digresión en la que manifiesta su deseo de que hechos como ese no se produzcan nunca más.

En el párrafo final reitera lo dicho al principio con otras palabras: «El autor marida la ironía y el sarcasmo con la emoción y las graves lecciones y ni cuando hace lo uno ni cuando hace lo otro carece de humor de buena ley ni de ingeniosa malicia (fukahā mustamlaḥa, du'āba ṭarīfa). Es porque en *Jān al-Jalīlī* está la vida tal como es, sin *retouch*».

La segunda crítica es de Widād Sakākīnī y empieza invocando la amplitud de inspiración de Víctor Hugo en *Los miserables*, y en particular la rica y amplia descripción de los personajes. «La nueva novela del talentoso escritor Na'īb Maḥfūz goza de idéntica minuciosidad en su arte», cosa tanto más admirable cuanto que Na'īb Maḥfūz es aún joven. La descripción de Aḥmad 'Ākif tiene la plasticidad de un cuadro. El detallismo está además justificado porque *Jān al-Jalīlī* es una novela de amplias dimensiones que consta de 50 capítulos. Hugo fue por igual minucioso y extenso en *Los miserables* y *Notre Dame de Paris*.

Por otra parte, Víctor Hugo se inspiró en cosas nuestras para escribir sus *Orientales*. Y no es caso único: Dorgelés escribió su mejor novela después de visitar Siria, con temas tomados de allí. Por suerte Na'īb Maḥfūz, egipcio hasta los tuétanos (ṣamīm), ha dado ahora una obra de gran talla inspirándose en ambientes populares, abigarrados y auténticos de la realidad oriental.

Con esto sentado la autora emprende el resumen de la trama, que se lleva buena parte de la extensión total de la crítica.

La riqueza de la descripción del ambiente callejero y de los enclaves característicos de Jān al-Jalīlī en la novela «me han dado ganas de recorrer Jān al-Jalīlī». El espíritu genuinamente egipcio del espacio donde transcurre la novela está perfectamente captado; personajes e incidentes concuerdan en todo con él. La inspiración oriental de Na'īb Maḥfūz está exenta del equivocado servilismo de otros escritores a lo occidental, que falsea sus obras. La autenticidad determina que la expresión sea en *Jān al-Jalīlī* «lana y flexible» (sahl, layyin).

Widād Sakākīnī concluye felicitando a la editora, La'ynat annaṣr li-l-ḡami'iyyīn, por lo bien que selecciona las obras que publica. «*Jān al-Jalīlī* es una novela notable (ṭarīf) y un fruto maduro de la narrativa moderna».

Sayyid Quṭb sitúa su trabajo sobre *Jān al-Jalīlī* (que es el último de los tres a que me he referido) «al margen de la crítica» y lo dice expresamente en el título.

Al parecer no conocía *'Abat al-aqdār*, ya que empieza diciendo: «Tras *Rādūbis* y *Kifāf Tiba* he aquí la tercera novela del joven escritor». Pero *Jān al-Jalīlī* va mucho más allá que las otras dos y merece un lugar aparte en la historia de la narrativa egipcia moderna, porque se inspira en lo más genuino (ṣamīm) de la realidad egipcia del presente «y da una imagen auténtica y precisa, sencilla y profunda de un momento de la historia contemporánea». No obstante, esto, con ser mucho, no justificaría dedicar a la obra una página aparte en la historia de la novela egipcia, lo que de verdad lo justifica es que supone «un paso decisivo en el camino hacia una literatura nacional bien definida y llena de puro espíritu egipcio libre de ganga extranjera —de la que se sirve, sin embargo—, y que precisamente por ese carácter auténticamente nacional tiene un sitio en el mundo».

Sayyid Quṭb se queja del carácter elusivo de toda novela, un carácter que impide resumir y analizar, porque esas operaciones dejan la obra reducida «a un gran esqueleto carente de los rasgos y la fisonomía que definen su personalidad y revelan los puntos de que es hermosa y los puntos en que es fea».

Jān al-Jalīlī es una novela sin especial relieve ni brillo intelectual; no tiene ninguno de los marchamos que atraen la atención. Transcurre en un ambiente cotidiano. Se hacen y se dicen en ella las mismas cosas que todos los días se hacen y se dicen en Egipto. Sólo los ataques aéreos se salen de lo corriente.

En este punto empieza el resumen de la trama, que se lleva buena cantidad del espacio total.

El eje de la novela son los trabajos y los días de la familia 'Ākif y a su vez la vida de la gente corriente de El Cairo en unas fechas bien determinadas. La novela propone «sencillos y exactos cuadros» de todo esto. «En su sencillez y su precisión concuerda con la instintiva forma de ser del pueblo que retrata». Los detalles y escenarios descritos por la novela son muchos. «Están expuestos de modo sereno y parsimonioso y restituyen el ritmo natural de una forma de vida sencilla y honda, conjugando la habilidad narrativa con la prospección psicológica, sin que ello deprima la primordial sensibilidad artística. Los numerosos personajes que viven en la novela no son menos auténticos que sus modelos vivos».

Sin embargo nada de lo dicho (perfección narrativa, autenticidad del trazado de los personajes, plena exactitud del proceso que lleva a los momentos fuertes) da su máximo valor a la novela, porque hay otra cosa más allá de todo esto que, en definitiva, es muy reducido y muy limitado. Ese algo más es la dimensión ejemplar que transforma la experiencia individual y anecdótica en universal experiencia humana, y el tiempo histórico limitado en tiempo cósmico. «Es la historia de la débil humanidad en manos del destino omnipotente, es la historia de las infatigables ironías que el destino gasta a la sumisa humanidad».

«La familia que protagoniza la novela se muda de un barrio a otro huyendo de la amenaza de los ataques aéreos y del peligro de muerte, y volverá a irse del nuevo barrio cuando la muerte le haya arrebatado lo más precioso que tenía».

El crítico insiste en la idea ejemplificándola con el caso de Aḥmad y con el de su hermano Ruṣḍī, para concluir que esta dimensión trascendente de la novela es ajena a la intención expresa del autor, que «tiene todas sus potencias implicadas en relatar los hechos y en componer los personajes».

A continuación compara *Jān al-Jalīlī* con *'Awdat ar-rūh*, de Tawfiq al-Ḥakīm, sobre la base de la autenticidad, que ve «más fuerte y decidida» en la primera; en la segunda persisten unas cuantas sombras francesas. «Lo más brillante de *'Awdat ar-rūh* es el fulgor intelectual y el examen de diversos problemas del pensamiento, junto con los alardes realistas. Lo mejor de *Jān al-Jalīlī* es la sencillez de la vida, el realismo de la exposición y la exactitud analítica».

Por otra parte, «*Jān al-Jalīlī* está exenta de la falta de medida que aqueja a *'Awdat ar-rūh*. En *Jān al-Jalīlī* todo está muy bien ligado al eje central».

El último párrafo contiene palabras de aliento para el autor.